

## ÁRBOLES DE CARNE Y LUZ

He conocido, de modo personal, a decenas de artistas, de pintores, cuyo compromiso emocional e intelectual con la vida y con el propio proceso artístico era su razón de ser.

He conocido a decenas y decenas de creadores que a través de los colores, los pigmentos, las texturas o el simple dibujo emprendieron una búsqueda abierta hacia algún lugar, ya fuese el misterio, el sentido de las cosas o la belleza por la belleza misma...

He conocido a artistas verdaderos de todos los puntos cardinales, de todas las formas de entender el fenómeno artístico, es cierto, pero no por ello deja de sorprenderme cada día, con cada apuesta y cada propuesta que acomete, Dolores Balsalobre.

De ella he dicho ya muchas cosas. De sus paisajes, sin ir más lejos, apunté hace cuatro años un hecho difícilmente rebatible: que lo que la artista buscaba en la naturaleza, en las cordilleras y cumbres que protagonizaban su obra de entonces era algo así como un gesto de conciliación, “ el puro deseo de entablar un diálogo con ellas, la búsqueda de lo espiritual en el prodigio geológico, el hallazgo de lo sobrenatural en lo natural.”

Ahora, de modo más concreto, lo que Dolores Balsalobre nos muestra no es la naturaleza en su vasto y abstracto sentido, ni siquiera el bosque en su plenitud global. Lo que vemos en esta última serie son árboles, prodigios que se alzan de la tierra como sustancia viva de un todo, como elementos que merecen nuestra atención porque, a su manera, tienen vocación de símbolo y asumen la complejidad de esa otra naturaleza que llamamos humana y que tanto se parece a nuestra condición.

Como ya es habitual en la obra de Balsalobre, lo que vemos no es una mera transcripción de lo que sus ojos contemplan, sino la música interior que provoca en la artista todo lo contemplado; un todo (imágenes, contornos, planos, volúmenes, perspectivas, proporciones...) que ella somete a un fecundo proceso de fermentación, de depuración o transfiguración de las formas, los significados, de modo que el resultado último es lo que emerge directamente del alma (emoción, intuición, pensamiento) y se vuelca en el lienzo a través de una caligrafía, en este caso, nueva, fresca, plagada de signos y pulsiones, gestos y trazos, incisiones de espátula o de pincel...

Pero hay más, porque Dolores Balsalobre no se conforma con marcar un nuevo paso en su evolución plástica, con emprender una indagación inocente o lúdica que la lleve por caminos aún por explorar. De este nuevo reparto de obras creadas y rescatadas bajo el epígrafe de “Árboles de luz” emerge una verdad hasta ahora solo sospechada, solo intuida, que cobra por fin cuerpo y entidad: la aventura creativa y creadora de Balsalobre es siempre una búsqueda (y un hallazgo) de sí misma, de la artista que trata de encontrarse con algo muy parecido a su alma.

Me consta que tanto en la serie titulada “Lluvia ácida”, como en esa suerte de bosques donde los ramajes se funden y entrecruzan con voluntad coral, o en las formas monocromas de esos “Árboles de luz” que retan al vacío, la pintora se entrevé, trata de fijar entre líneas, entre grietas, en el bajorrelieve del óleo, entre las formas sugeridas, la sustancia y las secreciones de su espíritu. Momentos hay incluso en los que veo (imagino) a la artista pintando directamente con su piel, deslizado su cuerpo sobre la superficie húmeda del lienzo, de la tabla que la acoge, como la arcilla tierna, para que ambas (obra y pintora) intercambien calor y materia, huella y destino.

Dolores Balsalobre es, en esta nueva propuesta, más Dolores que nunca. Su discurso permite escuchar, como en momentos anteriores, la quietud, la magia del silencio, la poética de los objetos-árboles olvidados, las huellas del olvido, la decrepitud y la destrucción posada en el espacio calcinado, el inmenso vacío de la tierra herida, oscurecida por voluntad del hombre, el poder intemporal de la nada, el lirismo de la lluvia destructora o el espíritu de la vida hablándonos desde el misterio, desde la trascendencia, desde los árboles que exigen (en bellissimo blanco y negro) un eterno minuto para trepar al aire y clamar algo parecido a libertad. Bosques y árboles íntimos, pues, de naturaleza inventada o real que se citan a ciegas con el espíritu, que llaman a las puertas del alma

Con la serie “Árboles de luz”, Balsalobre, a mi entender, se supera a sí misma. Aprovechando de nuevo la fecunda onda de la naturaleza se ha puesto a crear, a recrear, a comunicar sensaciones y a transformar energías capaces de dialogar con ella, de acercarse a ella, de formar parte –feliz y finalmente– de ella.

JOSÉ LUIS FERRIS

*Octubre de 2012*